

triotas, resonaron inmediatamente en bulliciosos aplausos. Al ver cercada de este modo á la convencion dijo uno de los miembros que ella sabia morir en su puesto, y al instante se levantaron todos los diputados repitiendo *si, si*.— Una de las tribunas mejor compuesta que las demas aplaudió aquella declaracion, y en el instante se oyó crecer el ruido y rujir las oleadas del populacho, de suerte que los diputados iban sucediéndose unos á otros en la tribuna y presentando diferentes reflexiones. De repente se vió acudir un emjambre de mujeres á las galerias, atropellando á los que las ocupaban y gritando *pan, pan*. Entonces se cubrió el presidente Vernier <sup>1</sup>, y mandó guardar silencio pero ellas no hicieron el menor caso y continuaron gritando que se las diera *pan*. Algunas de ellas amenazaban con el puño á la asamblea y otras se reian á carcajada de verla en tales apuros. Levantáronse una multitud de diputados pidiendo la palabra y no pudiendo lograr que se les escuchase, solicitan que el presidente haga respetar la convencion; mas este no podia conseguirlo. Sucedió á Vernier Andres Dumont que con tanta firmeza habia presidido el 12 de germinal y se sentó en la silla; pero continuó el tumulto y los gritos de *pan, pan* que repetian las mugeres que habian inundado las tribunas. Entonces declaró Andres Dumont que iba á mandarlas salir, pero le

cubrieron de ultrages por un lado y de aplausos por otro, cuando de pronto se oyeron unos golpes muy fuertes que estaban dando en la puerta que habia á la izquierda de la mesa y los esfuerzos que hacia la multitud para derribarla. Crujían los goznes de la puerta y empezaron á caer yesones, oido lo cual por el presidente en aquella peligrosa situacion, se dirigió á un general que se habia presentado en la barra con una tropa de jóvenes, para hacer una peticion muy prudente en nombre de la seccion del Buen Consejo, y le dijo: « general yo os mando que veleis por la representacion nacional y os nombro comandante provisional de la fuerza armada.» Confirmó la asamblea con sus aplausos aquel nombramiento y el general declaró que moriria en su puesto y salió para ir al lugar del combate. En aquel momento cesó el ruido que se hacia en una de las puertas y se restableció un poco la calma; visto lo cual dirigiéndose Andres Dumont á las tribunas, mandó á todos los buenos ciudadanos que las ocupaban que saliesen de allí, declarando que iba á emplear la fuerza para hacer que se evacuasen. Salieron en efecto muchos ciudadanos pero las mugeres se quedaron dando los mismos gritos. Pocos minutos despues volvió á entrar el general á quien habia encargado el presidente la guardia de la convencion con una escolta de carabineros y muchos

jóvenes que se habian provisto de látigos de posta con los cuales escalan las tribunas y hacen salir á las mugeres á latigazos. Ellas se echaron á huir dando gritos espantosos, pero con muchos aplausos de la mayor parte de los concurrentes.

Apenas se evacuaron las tribunas cuando redobló el alboroto en la puerta de la izquierda y la gentuza volvió á la carga haciéndola pedazos con violencia, y los miembros de la convencion se retiraron á los bancos superiores, formando la gendarmeria una hilera al rededor de ellos para protegerlos. Inmediatamente acudieron por la puerta de la derecha los ciudadanos armados de las secciones para echar al populacho, y aunque al principio le repelieron, cogiendo algunas mugeres, muy pronto empujaron con mas violencia los de fuera quedando el populacho victorioso. Por fortuna llega en aquel instante la seccion de Grenelle, que fué la primera que acudió al socorro de la convencion y la dió un apoyo muy útil. Estaba á su cabeza el diputado Auguis con el sable en la mano, gritando adelante, y en efecto se estrecharon sus soldados y cruzando la bayoneta consiguieron rechazar á la multitud sin herir á nadie, porque cedieron á la vista de las armas. Cogieron por el cuello del vestido á uno de los revoltosos, y le llevaron hasta el pie de la mesa donde habiéndole registrado se le encontraron los bolsillos

llenos de pan. Era cosa de las dos de la tarde cuando se restableció algun tanto el sosiego en la asamblea, y se declaró benemérita de la patria á la seccion de Grenelle. Todos los embajadores de las potencias habian acudido á la tribuna que les estaba reservada, y asistieron á la escena, como para tomar en cierto modo parte en los peligros de la convencion, y se decretó que se hiciese mencion en el acta de aquella generosa circunstancia.

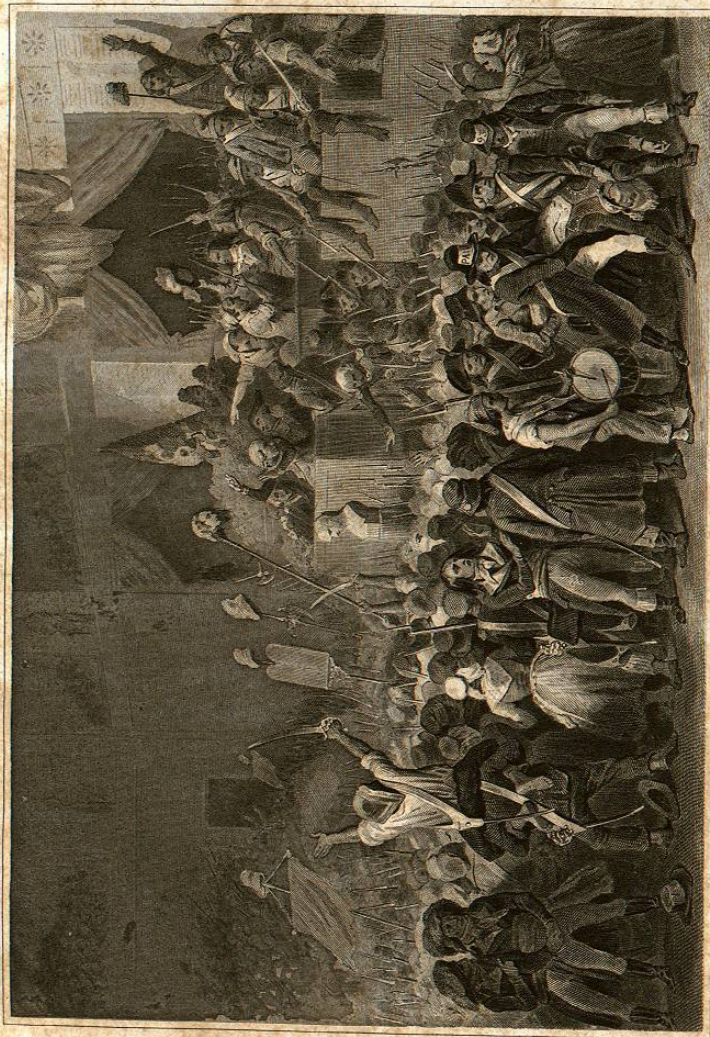
Entre tanto se iba aumentando la multitud al rededor de la sala, sin que apenas hubiesen tenido tiempo de acudir dos ó tres secciones, que intentaban pasar al Palacio Nacional, pero no podian resistir á la masa de los sitiadores, que iba siempre en aumento. Iban llegando algunos otros, que tampoco podian penetrar al interior, y estaban por consiguiente sin comunicacion con las comisiones, y sin órden alguna para hacer uso de sus armas. En aquel instante hizo nuevo esfuerzo la multitud en el salon de la Libertad y penetró hasta la puerta desquiciada, con lo cual empezaron de nuevo los gritos á las armas y la tropa que estaba en el interior acudió hácia la puerta amenazada. Cubrióse el presidente y la asamblea se estuvo quieta; cuando por ambos lados vienen á las manos junto á la misma puerta, y habiendo cruzado la bayoneta los defensores de la convencion, hicieron fuego los sitiadores y las balas vi-

nieron á estrellarse en las paredes. Entonces los diputados empezaron á gritar *viva la república*. Acuden nuevos destacamentos, atravesando de derecha á izquierda para sostener el ataque, y redoblando los tiros, llegan á mezclarse y hacer uso de los sables. Pero como era tan inmensa la multitud que estaba detras de los revoltosos, les impedia retroceder, mas ántes les empujaba hácia las bayonetas, de suerte que vencidos todos los obstáculos entraron en la asamblea. Un diputado tan jóven como valiente y decidido llamado Ferraud, que acababa de llegar del ejército del Rhin y no habia parado un instante en recorrer los alrededores de Paris para acelerar la llegada de los víveres, se presenta al frente de la multitud y la suplica que no pase adelante, diciendo con el pecho desnudo: «matadme; pero no entrareis sino pasando por encima de mí.» En efecto se echó por tierra procurando detenerlos, pero aquellos furiosos sin escucharle pasan por encima de su cuerpo y se agolpan hácia la mesa. Era cosa de las tres cuando una multitud de mugeres borrachas, de hombres armados con espadas, picas y fusiles llevando en sus sombreros el lema de *pan y la constitucion de 93*, inundan la sala, y se dirigen las unas á los bancos inferiores que habian abandonado los diputados, y otras se derraman por la sala, mientras que varios hombres iban

subiendo las escaleras que conducian á la silla del presidente. Un oficial jóven de las secciones llamado Mally<sup>2</sup> que estaba en las gradas de la mesa, le arrancó á uno de ellos el letrero que tenia en el sombrero, pero al momento dispararon sobre él y cayó herido de una multitud de tiros. Entonces todas las picas y bayonetas se dirigen contra el presidente y le tienen como encerrado entre un cerco de puntas de hierro. Éra Boissy d'Anglas que habia sucedido á Andres Dumont y permaneció en aquella actitud tan inmóvil como sereno. Habiéndose levantado Ferraud, vá corriendo al pie de la tribuna, se arranca los cabellos, se dá puñadas en el pecho con el mayor dolor, y viendo el peligro del presidente, se lanza á él para cubrirle con su cuerpo. Uno de aquellos hombres de las picas intenta detenerle tirándole de la casaca, pero un oficial que queria desembarazar á Ferraud, dá una puñada al hombre que le detenia, y este último contestó tirándole un pistoletazo que hirió á Ferraud en el hombro. Cayó aquel desgraciado jóven y apoderándose de él le arrastran y le llevan fuera de la sala y entregan su cadáver á la multitud.

Boissy d'Anglas permaneció sin inmutarse en medio de aquella terrible escena estando rodeada su cabeza de picas y bayonetas. Entonces principió una confusion que no es fácil de describir,

pues cada cual se empeñaba en hablar y dar gritos sin que nadie quisiese escuchar. Redoblaban las cajas para imponer silencio, pero el populacho divertido con aquella confusion misma, vociferaba y dá patadas en el suelo, y está loco de contento de ver reducida á tal estado aquella soberana asamblea. No de aquella manera se habia hecho la revolucion del 31 de mayo cuando el partido revolucionario, teniendo á su frente al ayuntamiento, al estado mayor de las secciones y á un gran número de diputados que recibian y daban el santo, rodeó á la convencion de una multitud armada pero silenciosa, se contentó con cercarla sin invadirla, y la obligó á espedir con cierta dignidad aparente los decretos que se habia propuesto conseguir. Mas en esta ocasion no habia medio de entenderse, ni siquiera de arrancar la sancion aparente de los deseos de los patriotas. Un artillero rodeado de varios soldados de infanteria subió á la tribuna para leer el plan de insurreccion pero le interrumpian á cada instante los gritos, las injurias y los tambores. Quiso un hombre tomar la palabra y dirigirse á la multitud diciéndola: « Amigos míos, todos estamos reunidos aquí « por la misma causa, el peligro crece, necesitamos decretos; dejad á vuestros representantes « que los espidan. » Pero no se le dió mas respuesta que *abajo, abajo*. Tambien quiso decir algunas



MUERTE DEL DIPUTADO PERAUD.

palabras desde su asiento el diputado Ruhl<sup>3</sup>, anciano de venerable aspecto y montañes celoso, dirijidas á obtener silencio, pero le interrumpieron con nuevas vociferaciones; entonces pidió la palabra el diputado Romme, hombre austero y estraño á la insurreccion, como toda la montaña, aunque deseoso de que se adoptáran las providencias solicitadas por el pueblo, pero que conocia que toda aquella espantosa confusion iba á quedar sin resultado alguno como la del 12 de germinal. Igualmente la pidió el diputado Duroy con el mismo objeto pero ninguno de los dos pudo conseguirla. Volvió á principiar de nuevo el tumulto y duró mas de una hora, cuando de repente se vió aparecer á la punta de una bayoneta una cabeza humana, y aunque la miraron con asombro ninguno pudo reconocerla, diciendo unos que era la de Frerou y otros la de Feraud. Era en efecto esta última, que habiéndola cortado unos infames la clavaron en la bayoneta y la andaban paseando por la sala entre los rugidos de la multitud. Renovóse el furor contra el presidente Boissy d'Anglas y se aumentó su peligro, rodeándole de bayonetas y apuntándole de todos lados amenazándole con mil géneros de muerte.

— Eran ya las 7 de la tarde, y estaban temblando en la asamblea de que aquella multitud en que habia tantos perversos, no llegasen al último

estremo y degollasen á los representantes del pueblo al abrigo de la obscuridad. Muchos individuos del centro instaban á varios montañeses á que hablasen á la multitud y la aconsejában que se disipase. Procuró Vernier decir á los revoltosos que ya era tarde y debian pensar en retirarse por no esponer al pueblo á que faltase el pan impidiendo su llegada. Pero le respondió la multitud: « esa es siempre la táctica, y ya hace tres meses que nos estais diciendo lo mismo. » Entonces se levantaron sucesivamente muchas voces del medio del tumulto, pidiendo unas la libertad de los patriotas y diputados arrestados; otras la constitucion de 93; otras el arresto de todos los emigrados, y otras muchas la permanencia de las secciones, el restablecimiento del ayuntamiento, un comandante de la fuerza armada de Paris, las visitas domiciliarias para buscar los víveres ocultos, los asignados á la par etc. Uno de aquellos hombres que consiguió ser escuchado por algunos instantes, se empeñó en que se habia de nombrar inmediatamente el comandante de la fuerza armada de Paris, y que lo habia de ser Soubrany. <sup>4</sup> Ultimamente otro no sabiendo ya qué pedir, se puso á gritar pidiendo *el arresto de los bribones y de los cobardes*, sin cesar de repetir estas mismas palabras de rato en rato durante media hora. Conociendo en fin uno de los agitadores la ne-

cesidad de que se decidiese algo, propuso hacer bajar á los diputados de los bancos altos donde estaban para reunirlos en medio de la sala y obligarlos á deliberar. Adoptóse inmediatamente la proposicion y echándolos de sus asientos se les obligó á bajar y arremolinándolos como un rebaño de ovejas los pusieron en el espacio que separaba la tribuna de los bancos inferiores cercándolos con las picas. Reemplazó Vernier á Boissy d'Anglas en la silla de la presidencia, el cual estaba ya rendido despues de 6 horas de una situacion tan peligrosa. Eran ya las 9 de la noche y entonces se organizó una especie de deliberacion en la cual se convino en que el pueblo permaneceria cubierto y que los diputados solos levantarían sus sombreros al aire en señal de aprobacion ó desaprobacion. Principiaban los montañeses á esperar que podían espedirse los decretos, y ya se disponían á tomar la palabra, proponiendo Romme, que ya la habia solicitado antes, que inmediatamente se mandase poner en libertad á los patriotas. Añadió Duroy que desde el dia 9 de thermidor habian ejercido los enemigos de la patria una reaccion funesta; que los diputados arrestados el dia 12 de germinal, lo habian sido ilegalmente y que era necesario llamarlos sin pérdida de tiempo. Obligaron al presidente á que sin dilacion alguna pusiese á votos aque-

llas diferentes proposiciones y levantando los sombreros empezaron á gritar *aprobado*, *aprobado* todo esto en medio de un ruido espantoso, y sin que se pudiera decir si efectivamente los diputados habian emitido su voto. Detras de Romme y de Duroy habló Goujon y dijo que era necesario asegurar la ejecucion de los decretos; que no se sabia donde andaban las comisiones y era muy importante saber lo que estaban haciendo; que era indispensable llamarlas y pedirles cuenta de sus operaciones y sobre todo reemplazarlas por una comision extraordinaria. Efectivamente allí es donde estaba el verdadero peligro de aquella jornada porque si las comisiones estaban en libertad de obrar podian muy bien venir á sustraer á la convencion de las manos de sus opresores. Observó Albitte el mayor que no se guardaba el orden debido en la deliberacion porque no estaba formada la mesa y era necesario formar otra, como en efecto la formaron al instante. Pidió Bourbotte el arresto de los periodistas y entonces una voz desconocida gritó diciendo que para que no se dijera que los patriotas eran unos caribes proponia que se aboliese la pena de muerte. «Sí, sí», gritaron « todos excepto para los emigrados y para los fabricantes de asignados falsos. «Esta última proposicion quedó adoptada en la misma forma que las anteriores y volvió Duquesnoy á repetir la mis-

ma proposicion de Goujon relativa á que se suspendiese á las comisiones y se nombrase una extraordinaria de solo cuatro miembros, designando inmediatamente á Bourbotte, Prieur del Marne, Duroy y al mismo Duquesnoy, los cuales aceptaron el nombramiento, diciendo que por mas dificiles y peligrosas que fuesen sus funciones sabrian desempeñarlas y morir en su puesto. En efecto salieron de la sala para dirigirse á las comisiones y apoderarse de todas las facultades, que es en lo que consistia todo el resultado de aquella operacion.

Eran, como ya hemos dicho, las 9 y ni la junta insurreccional, ni las comisiones del gobierno parece que habian hecho nada durante aquella larga y terrible jornada, pues lo único que habia sabido emprender el primero era lanzar al pueblo contra la convencion, pero como aquellos corifeos oscuros que siempre quedan en los últimos dias de un partido, no tenian á su disposicion ni al ayuntamiento ni al estado mayor de las secciones ni un comandante de la fuerza armada, ni tampoco algunos diputados, no pudieron dirigir la insurreccion con aquella mesura y vigor que son lo únicos garantes del acierto. Se contentaron con echar por delante á varios furiosos que cometieron toda clase de excesos, pero sin hacer nada de lo que convenia. Ni siquiera les ocurrió

enviar un destacamento para sorprender y paralizar á las comisiones, abrir las cárceles y poner en libertad á los hombres enérgicos cuyo auxilio les era tan precioso. Solo se apoderaron del arsenal, que estaba guardado por la gendarmeria de los tribunales, compuesta toda ella de la milicia de Fouquier Tinville, que le entregó á los primeros que se presentaron. Por el contrario, durante aquel tiempo las comisiones de gobierno, rodeadas y defendidas de la juventud dorada, habian empleado todos sus esfuerzos en reunir las secciones, cosa difícil en medio del tumulto que reinaba, el susto que se habia apoderado de muchas de ellas y la mala voluntad de algunas. Por de pronto ya dijimos que habian reunido dos ó tres, cuyo esfuerzo fué inutilizado por los sitiadores, pero luego consiguieron juntar mayor número de ellas, gracias al celo de la seccion Lepelletier, llamada en otro tiempo de las hermanas de Santo Tomas, las cuales se disponian á aprovechar el momento de la anochecer en que el pueblo ya cansado principiara á retirarse, para cargar sobre los revoltosos y libertar á la convencion. No dudando de que en toda aquella larga operacion la habrian arrancado algunos decretos contra su voluntad, hicieron un acuerdo en que declaraban que no reconocerian por auténticos los decretos espedidos durante aquel dia. Dadas estas disposiciones se

fueron Legendre, Auguis, Chenier, Delecloi<sup>5</sup>, Bergeois<sup>6</sup> y Kervelegan al frente de numerosos destacamentos cerca de la convencion, y luego que llegaron allí convinieron en dejar abiertas las puertas á fin de que el pueblo impelido por un lado pudiese salir por el otro. Luego se encargaron Legendre y Delecloi de penetrar en la sala, subir á la tribuna en medio de los mayores peligros é intimar á los reboltos que se retirasen. En caso de que no quisiesen obedecer, les dijeron á sus cólegas: «cargad sobre ellos y no temais  
«nada por nosotros, porque aunque hubiesemos  
«de perecer en la chamusquina debéis avanzar  
«siempre.»

Efectivamente penetraron en la sala Legendre y Delecloi en el momento mismo en que iban á salir los cuatro diputados nuevamente elegidos para formar la comision extraordinaria, y subiendo Legendre á la tribuna en medio de los insultos y algunos golpes, tomó la palabra y dijo: «aconsejo á la asamblea que se mantenga firme,  
«y á los ciudadanos que estan presentes, que se  
«retiren.» Empezaron entonces á gritar *abajo*, *abajo*, y tuvieron que retirarse Legendre y Delecloi; de modo que entónces Duquesnoi se dirigió á sus compañeros de comision, instándolos á que le siguieran para suspender á las comisiones, que como ya veian, eran opuestas á las operaciones de